

1984

Como era de esperarse, la llegada del año que George Orwell utilizó en 1948 para titular su novela antiutópica, ha suscitado innumerables comentarios sobre aquel libro, algunos de los que se oyen van totalmente desca- minados.

Hemos leído, por ejemplo, que 1984 es una crítica de la sociedad soviética. Significa una total incomprensión de lo que Orwell se propuso con aquel libro. Orwell ya había escrito "Rebelión en la gran- ja", crítica devastadora del comunismo bolchevique, a la vez que radiografía despiada- da de los cambios que el poder opera en el seno de todos los partidos revolucio- narios. Con 1984, el autor no procuró una mera repetición del mismo tema, simplemen- te dibujando una caricatura de la Rusia contemporánea —por más que objetivamen- te esa sea una interpreta- ción posible— sino que qui- so lanzar un grito de alarma sobre las tendencias que, in- filtradas en los cimientos de las sociedades occidenta- les, estaban preparando su derrumbe.

Otro juicio esencialmente erróneo que hemos leído afirma que la profecía orwe- lliana no se cumplió. 1984 no contiene una profecía: for- mula una advertencia. Las profecías tienen por voca- ción resultar cumplidas, en ello radica su éxito; las ad- vertencias tienen por voca- ción el desvío de su destina- tario del camino que le con- ducía al destino catastrófi- co, y su culminación consis- te en que él sea definitiva- mente evitado. 1984 perte-

nece a una corriente literaria que brotó al cabo de la se- gunda guerra mundial, a raíz de la toma de conciencia por parte de los autores que la integraban, del peligroso vuelco hacia el totalitarismo que se había operado y se estaba operando en Occi- dente. Pertenecen a esa co- rriente la otra gran antiutopía de la época, **Un Mundo feliz** de Aldous Huxley, y la con- trapartida analítica de esas dos grandes obras de imagi- nación, **Camino de Servi- dumbre** de Friedrich A. von Hayek.

Criticar esas obras porque el totalitarismo no extendió por fin su dominio al Oeste de Europa, lo que constituía la vertiente más concreta de la preocupación de los tres autores nombrados, implica el error de pensar que ellos atribuyan carácter inevitable a tal desenlace. Ninguno de los tres creía en el determi- nismo histórico.

Creían —Hayek el único que vive aún, cree— en la ca- pacidad del espíritu humano para buscar y defender los valores esenciales en ese marco de interacción libre de los individuos que se llama espontaneidad, y que es ex- cluyente de toda certeza so- bre la dirección del devenir histórico.

El significado de esa en- cumbrada trilogía para noso- tros hoy, en 1984, es doble. Por una parte, nos asegura qu vale la pena luchar, que las sociedades tienen meca- nismos de autodefensa para preservar sus valores esen-

ciales, y que esos mecanis- mos radican en la conciencia de ciertos individuos egre- gios que poseen la lucidez para discernir los peligros, y la habilidad y el coraje para alertar contra ellos, y susci- tar de tal modo una reacción en cadena que se les opon- ga.

A participar en esa defen- sa de los valores fundamen- tales, en algún eslabón de la cadena, somos todos llama- dos. **Búsqueda** nació en 1972, de la toma de concien- cia de sus fundadores, de que el valor esencial que constituye su especial advo- cación, la libertad, estaba su- jeto a mortal peligro en el Uruguay. Y hoy continúa la lucha con la misma dedica- ción de siempre. Nunca se sintió disuadida ni por la mo- destia de sus recursos, ni por la desmesura de la amenaza. Orwell, Huxley y Hayek le ofrecen para ello una fuente inagotable de inspiración.

En segundo lugar, el men- saje de Orwell, como el de Huxley y el de Hayek, po- seen una vigencia perma- nente, ya que aún triunfan- do, los valores tradicionales de Occidente no pueden concebirse más que en una confrontación dialéctica con los cultivadores del totalita- rismo.

El tema común de los tres autores es el avance incon- tenible del estado sobre el ámbito de intimidad del indi- viduo, el **ethos** del rebaño dominándolo todo. Pero así como Huxley se especializa en mostrarnos cómo la vida

se orienta en el estado con- temporáneo hacia metas pu- ramente sensuales, con ol- vido de toda trascendencia, y de la misma condición hu- mana, y así como Hayek re- sulta particularmente nota- ble en su análisis de los efec- tos deletéreos de la burocracia y la planificación sobre la dignidad del hombre, el te- rreno específicamente orwe- lliano consiste en la deni- gración de la verdad objetiva a manos del estado de nues- tro tiempo, y más concreta- mente de su abominable brazo propagandístico.

Toda la obra de Orwell está dedicada a la verdad. Lo está su estilo, tal vez la mejor pro- sa inglesa del siglo XX, con ese tratamiento amorosa- mente respetuoso de la rea- lidad, que transforma algu- nos de sus cuentos y ensa- yos más breves y sencillos en auténticas obras maes- tras. Lo está en temática en la que ocupan un lugar tan conspicuo la corrupción del lenguaje en el contexto de la propaganda oficial. Los ani- males de la granja se han rebelado contra el granjero y, luego de expulsarlo, han resuelto regirse por el prin- cipio "todos los animales son iguales". Al tiempo, sin em- bargo, los cerdos se han constituido en una casta oli- gárquica, y encuentran oportuno, sin dejar de reafirmar el viejo lema, introducirle una leve modificación. "Todos los animales son iguales, pero— rezará ahora— algunos son más iguales que los otros".

¿Quién denunció jamás con parecida fuerza la patraña comunista?

Todo atentado a la libertad está asociado a alguna co- rrupción del lenguaje, sin duda por alguna razón pro- funda. Por algo los regíme- nes de la órbita soviética in- sisten en llamarse "demo- cracias populares", lo opues- to de lo que en realidad son, por algo los regímenes auto- ritarios de América del Sur han inventado una doctrina de la seguridad en la cual este término, desprovisto por completo de contenido semántico concreto, puede usarse para justificar estric- tamente cualquier acción gubernamental.

La verdad suele definirse en los textos de lógica, como la correspondencia de un pensamiento con la realidad objetiva a que se refiere. Or- well nos pone ante la corrup- ción más radical de aquella disciplina cuando nos mues- tra el concepto totalitario de verdad oficial, para el cual la mudanza del pensamiento de los gobernantes determi- na la necesidad de que los hechos deban cambiar para acomodarse a la nueva doc- trina. Surge así la noción enajenada de que el pasado es reversible, y en 1984 se nos muestra un Ministerio de la Verdad, encargado de reimprimir las ediciones vie- jas de los periódicos, para conformarlas con la nueva versión oficial de los acon- tecimientos.

Como decíamos, Orwell no sólo nos alienta en la lucha. También son vitales sus ins- trucciones acerca de por dónde viene el ataque.